

IN MEMORIAM

## GIANCARLO GIUROVICH

Por MIGUEL AYUSO

Giancarlo Giurovich, profesor titular de Historia de la filosofía política de la Universidad de Udine, ha fallecido en esa hermosa ciudad friulana prematura e inesperadamente a los cincuenta y seis años. Nacido en Monselice, estudió filosofía en Trieste, donde tuvo por maestros a los profesores Augusto del Noce y Valerio Verra. Se inició en la docencia en el Liceo clásico «Stellini», donde ganó –y en años bien difíciles– la estima de alumnos y colegas, venciendo después el concurso que le llevó primero a la Historia de la filosofía y finalmente, como ha quedado dicho, a la Historia de la filosofía política. Durante años compatibilizó tal encargo con el de enseñar la Historia de las doctrinas políticas en la Academia Militar de Módena.

Socio del *Institut International d'Etudes Européennes «Antonio Rosmini»*, de Bolzano, que dirige con mano maestra desde hace casi quince años el profesor Danilo Castellano, donde tuve ocasión de conocerle primero y apreciarle sinceramente después, colaboró también con el maestro friulano tanto en los empeños de fiero apostolado político, como redactor de *Instaurare (Instaurare omnia in Christo* es el nombre completo) y también relator en las reuniones de los amigos de la revista, cuanto en el quehacer raigadamente tradicional hacia su amado país, a través de la revista regional *La Panarie*, de modo constante en los primeros y –respecto del segundo– en los años en que Castellano la condujo y en los que alcanzó merecida fama.

Su obra se halla principalmente dispersa en sedes diversas, y sé que el «alma mater» udinense ha dispuesto su recogida y ordenación, a fin de que los estudiosos puedan acceder más fácilmente a sus trabajos, en buena parte referidos a autores conocidos regionalmente (así Giovambattista De Giorgo, con su polémica antirosminiana, al que dedicó un capítulo en el volumen *Un secolo di filosofia friulana e giuliana: 1870-1970*, Udine, 1979), pero también consagrados a autores que tienen su puesto en la filosofía del siglo XX (tales como

Carl Schmitt, Cornelio Fabro, Augusto del Noce, Marino Gentile o Umberto Antonio Padovani). En tal sentido, esa reconstrucción de la figura y el pensamiento de autores considerados «menores», pero significativos para conocer una época, como Louis-Claude de Saint-Martin o Alfonso Gatty, no puede sino traernos el recuerdo del gran historiador español de las doctrinas políticas que fue Francisco Elías de Tejada, que en sus magnos trabajos, cual frescos enormes, combinaba la consideración de las cimas de la historia de la filosofía con la de las cumbres menores y aun de las figuras mesetarias como único medio de encerrar adecuadamente el perfil de los tiempos.

De Saint-Martin tradujo su Carta sobre la Revolución francesa, anteponiendo una sintética monografía sobre obra y autor, en una edición que inauguró la colección «Saggi classici e contemporanei», de la editorial «La Nouva Base», que apareció en Udine en 1976. Al padre Gatty, por su parte, dedicó la monografía *La teodicea de Alfonso Gatty*, aparecida en 1989 en la colección «Categorie europee» del editor Japandre, de L'Aquila y Roma. Destacaba Giurovich, tras una precisa indagación de los aspectos gnoseológicos y lingüísticos de la obra del tantas veces despreciado por las academias racionalistas decimonónicas como un «non-savant», el sentido de su esfuerzo antisofístico: nuestro llorado amigo lo presenta como un filósofo que busca unir certezas antiguas y nuevas valiéndose de un método comparativo que le permitía utilizar las diversas ciencias como puntos de vista, pero no con finalidad sincretista, sino integrativa.

Precisamente por sus bien salientes cualidades de rigor teórico y seriedad metodológica se vio naturalmente conducido en muchas ocasiones a presentar críticamente el pensamiento ajeno. Sus extensas y bien argumentadas informaciones bibliográficas acreditan esa predisposición nada frecuente en nuestro mundo intelectual, en el que se suele dejar —entre nosotros lo denunció hace medio siglo el maestro Alvaro d'Ors— a becarios y principiantes tal tarea. Pienso, por ejemplo, en su muy interesante recensión del volumen de Juan Vallet de Goytisolo, *Qué es el derecho natural*, aparecida puntualmente en *Instaurare*.

Entre sus últimos esfuerzos se hallan, de un lado, la lectura crítica del pensamiento gnóstico, y al respecto podría evocar algunas conversaciones a propósito del análisis de Eric Voegelin sobre el racionalismo, también como medio de comprender los fenómenos políticos hodiernos; de otro lado, no podría dejar de mencionar uno de sus últimos escritos, que yo le pedí para las II Jornadas Hispánicas de Derecho Natural, celebradas en Córdoba en septiembre de 1998, y a las que acudí acompañado de su encantadora esposa y de una de sus hijas: la reconstrucción de la filosofía jurídica italiana del siglo XX, con sus diferentes escuelas, valoradas críticamente, y prolongada hasta nuestros días. En las actas de esas jornadas, que están prácticamente impresas cuando escribo estas líneas, podrá verse hasta qué punto acertó nuestro colega. Por mi

parte, me atrevo a adelantar que ha de quedar durante cierto tiempo como un ensayo de referencia obligada sobre la cuestión.

De aspecto reservado, tímido, con voz honda y bien timbrada, pausado en el hablar, desprendía un halo de *gravitas*. Sin embargo, cuando se trascendían las apariencias, y cuando se entablaba una verdadera amistad, aparecía un carácter alegre y sin hiel, irónico y hasta vital. En Bolzano disfruté con él de algunas veladas inolvidables, en torno a una botella de *grappa*. Y en Córdoba tuve la satisfacción de comprobar la impresión que a él y su familia, poco viajeros y viajados, les hacía el descubrimiento de la amistad hispana. El profesor argentino Bernardino Montejano, que lo conoció en Córdoba, y que con su mujer, Mecha, simpatizó inmediatamente con Giancarlo y con Clara, tras conocer la noticia de la muerte repentina de nuestro amigo me escribió una carta desolada en la que me decía: «Era el más querible de nuestros italianos». Descanse en la paz del Señor, que tanto buscó y por la que precisamente combatió el buen combate. Y que su familia encuentre en la firmeza de su fe, el brillo de su esperanza y el vigor de su caridad fuerzas para sobreponerse a tan duro golpe.

